

La primera biografía de un filipino: la vida de Miguel Ayatumo (1593-1606)

Jorge Mojarro*

Research Center for Culture, Arts, and Humanities (RCCA),
University of Santo Tomas, Manila, Philippines

Introducción¹

El texto *Vida de un mancebo indio llamado Miguel Ayatumo, natural de Boholio, en Filipinas* apareció por primera vez en español en 1673 como apéndice a un manual de vida cristiana titulado *El Cristiano Virtuoso*.² Su autor –o traductor– fue el padre jesuita Pedro de Mercado (1620-1701), natural de Riobamba, Ecuador. El padre Mercado, quien pasó la mayor parte de su vida ejerciendo responsabilidades eclesiásticas en el Nuevo Reino de Granada, fue un prolífico y popular autor de literatura espiritual y de devoción, casi toda ella impresa en España.³ La inclusión de la vida de este adolescente filipino como apéndice a su obra se debió indudablemente a que su vida constituía un ejemplo de vida cristiana de renuncia y santidad que encajaba a la perfección con los argumentos del libro.

Sin embargo, debe tenerse en cuenta que, como confiesa Mercado en las primeras líneas, el texto original latino apareció 58 años antes como *Vita Michaelis*

* Jorge Mojarro can be contacted at jmromero@ust.edu.ph.
<https://orcid.org/0000-0002-1949-8289>.

¹ Este trabajo se inserta en las líneas de trabajo del proyecto “Fastos, simulacros y saberes en la América Virreinal” (PID2020-113841GB-I00), CSIC. Una versión resumida en inglés de este trabajo aparecerá como “The first biography of a Filipino: the life of Miguel Ayatumo”, en Christina Lee & Ricardo Padrón (eds.): *The Spanish Pacific 2*, Amsterdam: Amsterdam University Press, 2024.

² Libro relativamente escaso del que Worldcat.org señala la existencia de 5 ejemplares originales.

³ Fue muy conocido en vida como autor de literatura ascética, pero también fue cronista. Dejó manuscrita una *Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús* que sólo vio la luz por primera vez en 1957 (Bogotá, ABC).

Ayatumi Adolescens Indi dentro de una colección de cartas misioneras jesuitas: *Annuae Litterae Societatis Iesu, Anni 1609* (Dilingen, Apud Viduam Ioannis Mayer, 1615).⁴ Su autor fue el padre jesuita Pedro de Auñón,⁵ quien había enviado el relato a su provincial en Manila, el padre Gregorio López.⁶ Éste, a su vez, impresionado por una narración que testimoniaba la exitosa acción misionera en Bohol, decidió remitirla a Europa para darle difusión.



Figs. 1 y 2: a la izquierda, primera página del apéndice a la colección de cartas jesuitas *Annuae Litterae Societatis Iesu, Anni 1609* (Dilingen, Apud Viduam Ioannis Mayer, 1615), donde se contiene la biografía de Miguel Ayatumo; a la derecha, portada de la gran biografía de Johan Niess, *Adolescens Europaeus ab Indo Moribus Christianis Informatus* (Dilingen: Caspari Sutoris, 1629).

La narración de la vida de Miguel de Ayatumo (1593-1609) debió deslumbrar a la clase eclesiástica europea y el texto gozó de un gran éxito editorial. Apareció incluida como apéndice en una popular colección de vidas de jóvenes cristianos

⁴ El texto ocupa las páginas 627-668.

⁵ Nació en Cuenca (España), en 1575. Entró en la orden en 1594 y llegó a Filipinas en junio de 1603. Fue asignado a la misión jesuita de Bohol y permaneció allí el resto de su vida. Falleció en Loboc en 1655.

⁶ Nació en Alcocer, provincia de Guadalajara, en 1561. Entró en la orden en 1596 y llegó a Filipinas en mayo de 1601. Provincial desde 1605 a 1613, fue una figura fundamental en la Compañía durante los primeros años del siglo XVII, organizando las diferentes misiones, enviando informes y cartas a Roma, y saneando las cuentas del Colegio de San José.

atribuida al jesuita alemán Johann Niess (1584-1634).⁷ El propio Niess dedicó un volumen entero de más de 400 páginas a la vida de Miguel Ayatumo: *Adolescens Europaeus ab Indo Moribus Christianis Informatus* (Dillingen: Caspari Tutoris, 1629) que, en realidad, no aportaba información nueva, sino que añadía un sinfín de reflexiones -la *amplificatio*- para cada episodio de su vida con el que trataba de aleccionar a los lectores europeos. Un resumen de su vida se publicó por primera vez en italiano en 1671.⁸ Otro prolífico autor de literatura edificante, el jesuita Francesco Marazzani, la tradujo por primera vez al italiano de la versión latina original.⁹

El relato trata de la vida de Miguel Ayatumo, nacido en una familia de indios “idólatras” de Bohol hasta su ingreso en el seminario jesuita de Loboc y su vida como seminarista. Sin embargo, no es una narración usual, pues las referencias cronológicas son mínimas y el desarrollo psicológico del biografiado apenas sufre cambios. Formalmente, el texto es una enumeración de las virtudes cristianas del adolescente ejemplificadas en breves hechos de su vida. El narrador muestra al joven Miguel como una persona que ha asumido en su interior y de manera un tanto extrema las enseñanzas de los padres jesuitas: no sólo rechaza placeres físicos, como el descanso o la comida, sino que además se disciplina; no sólo hace del rezo su forma de vida, sino que advierte a los de su comunidad del mal que hacen practicando idolatrías; no piensa jamás en su beneficio y siempre se da a los demás; rehúye el ocio y los placeres, y permanece en estado de alerta para evitar caer en el pecado. Miguel Ayatumo es, en la voz de su biógrafo jesuita, un ejemplo acabado de conducta virtuosa, de una vida joven que cultiva la renuncia para alcanzar la salvación divina. Resil Mojares ha señalado, en el que es el mejor estudio acerca del texto, cómo la narración de su vida es una construcción deliberada, y cómo el contexto histórico y cultural está elidido casi por completo. Toda su vida parece no ser más que una meticulosa preparación para su muerte.¹⁰ La vida de Miguel Ayatumo es, de hecho, una dramatización barroca ejemplar de lo que entonces se denominaba, “muerte en vida”: el ferviente deseo de alcanzar el cielo a través del rechazo voluntario de todos los placeres de la vida y la aceptación del sufrimiento.

⁷ *Alphabetum Christi seu Virtutes praecipuae quae adolescentibus...*, Múnich: Raphaelle Saledero, 1618, pp. 235-284. La obra se reimprimió en 1619, 1623 y 1624. Incluía tanto una ilustración del niño como de los “ídolos” que adoraban los indígenas de Bohol que no aparecía en la colección de cartas de 1615.

⁸ Francesco Marchese: *Esemplari di Santità alla Gioventù secolare*, Roma: Giacomo Dragondelli, 1671, pp. 354-357.

⁹ *Vite di tre giouanetti Massimiliano Grimaldi genouese, Michele Ayatumo indiano, Ferdinando Soleri riminese*, Bologna: l'erede del Benacci, 1687, pp. 61-104. Tuvo una segunda edición en el año 1710. Todavía el jesuita Giuseppe Boero publicó una *Vita de Michelle Aiatumo* en 1842 (Roma: Collegio Urbano).

¹⁰ Resil Mojares: “The brief and blessed life of Miguel Ayatumo”, en *Waiting for Maria Makiling. Essays in Philippine Cultural History.*/ Quezon City, Ateneo de Manila University Press, 2002, 87-108.



Figs. 3 y 4: a la izquierda, imagen del niño Miguel Ayatumo, grabado del impresor Raphaelle Saledero; a la derecha, los ídolos que adoraban los indígenas de Bohol, llamados *dalongdon*. Ambas se encuentran en *Alphabetum Christi seu Virtutes praecipuae quae adolescentes...* (Múnich: Raphaelle Saledero, 1618).

La narración de la vida de Miguel Ayatumo ofrecía un gran utilidad, pues era, en primer lugar, prueba irrefutable de la exitosa labor de conversiones que estaban llevando a cabo los jesuitas en Bohol, una misión que había sido apenas comenzada en 1596 por los padres Juan de Torres y Gabriel Sánchez.¹¹ No se trataba de una conversión más, sino de un individuo que, a pesar de su juventud y de “su bajo linaje” – en palabras de Mercado- había comprendido e interiorizado los principios de la doctrina cristiana en grado sumo y los había llevado a la práctica en su propia vida. Era, sin lugar a dudas, una reivindicación de la acción misionera de los jesuitas en los territorios más alejados. Además, el ejemplo de Miguel contenía un segundo aspecto que fue, a buen seguro, lo que causó su relativo éxito en la Europa contrarreformista. Si un pobre indígena, nacido en una isla inculta y en una familia de creencias erróneas, era capaz de alcanzar tal grado de perfección en su comportamiento, ¿qué excusa tenían entonces los pecadores de la católica Europa para no vivir una vida conforme a la fe? El propio Mercado subraya este asunto en el primer capítulo: “¿Unos pobres y abatidos indios se van al cielo con buena vida, y nosotros con la nobleza de nuestra sangre nos vamos al infierno?”

¹¹ Para los primeros pasos de esta misión, véase Horacio de la Costa: *The Jesuits in the Philippines, 1581-1768*. Cambridge: Harvard University Press, 1961, p. 163-165.

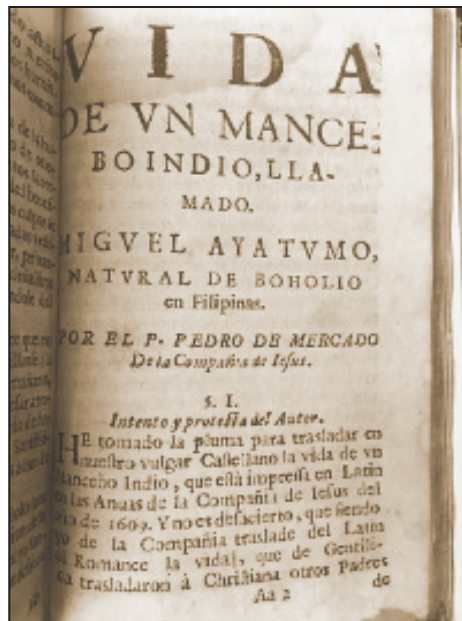


Fig. 5. Primera página del apéndice a Pedro de Mercado, *El Cristiano Virtuoso. Con los actos de todas las virtudes que se hallan en la santidad* (Madrid: José Fernández de Buendía, 1673) Ejemplar de Newberry Library (Chicago).

El relato de la vida de Miguel Ayatumo constituía, en consecuencia, un material muy útil para los intereses de los padres de la Compañía de Jesús, quienes no desaprovecharon la oportunidad. Que un jesuita de Nueva Granada se fijara en el ejemplo de la vida de un adolescente filipino para sus lectores en Europa da cuenta de cómo los jesuitas constituían por sí mismos un imperio paralelo al de la Monarquía Hispánica en que la transmisión de textos y la imprenta jugaban un papel fundamental. Y proponer a un joven indígena filipino como modelo de vida cristiana, al mismo nivel que personajes admirados como Luis Gonzaga o Estanislao de Kostka -quienes fueron santificados en el siglo XVIII-, era en cierto modo una estrategia simultáneamente subversiva y atractiva en la Europa católica, pues, confirmaba la capacidad del cristianismo para dignificar la vida de las personas de más bajo linaje y dejaba sin argumentos a aquellos creyentes que se excusaban por no poder llevar una vida más en consonancia con la fe que decían profesar.

Bibliografía:

Colín, Francisco: *Labor Evangélica*. Tomo III. Ed. by Pablo Pastells. Barcelona: Impr. y Litografía de Henrich y Compañía, 1902.

De la Costa, Horacio: *The Jesuits in the Philippines, 1581-1768*. Cambridge: Harvard University Press, 1961.

Luengo, Jose Maria: *Miguel Ayatumo. The Filipino Protoconfessor, 1593-1609*. Luengo Foundation, Bohol, 2000.

Mercado, Pedro de: "Vida de un mancebo indio llamado Miguel Ayatumo, natural de Boholio, en Filipinas", en *El Christiano Virtuoso*. Madrid, Joseph Fernandez de Buendia, 1673.

Mojares, Resil: "The brief and blessed life of Miguel Ayatumo", en *Waiting for Maria Makiling. Essays in Philippine Cultural History.*/ Quezon City, Ateneo de Manila University Press, 2002, 87-108.

Vida de un mancebo indio llamado Miguel Ayatumo, natural de Bohol, en Filipinas (1676), por Pedro de Mercado

I. Intento y propuesta del autor.

He tomado la pluma para trasladar en nuestro vulgar castellano la vida de un mancebo indio que está impresa en latín en las *Anuas* de la Compañía de Jesús del año de 1609. Y no es desacierto que siendo yo de la Compañía traslade del latín al romance la vida que de gentilica trasladaron a cristiana otros padres de la Compañía. Su autor fue el padre Pedro Aunonio, como testigo de vista de sus acciones, y yo, por haberlas leído, trasladaré su sustancia añadiéndole solamente los accidentes de algún adorno. El motivo que me impele es que, leyendo esta vida, los españoles se alienten con arresto a caminar al cielo, como lo hizo el grande agustino diciendo: *Surgunt indocti, & rapiunt Regnum Dei, & nos cum nostris litteris demergimur in profundum*.¹² Esto dijo comparándose como letrado de los ignorantes que se salvaban, y a semejanza suya pueden los españoles, cotejando su nobleza con la bajeza de los indios, arrestarse a una vida perfecta. ¿Qué es aquesto? ¿Unos pobres y abatidos indios se van al cielo con buena vida, y nosotros con la nobleza de nuestra sangre nos vamos al infierno? Esto no; procuremos vivir de modo que subamos al cielo. Al motivo dicho se añade otro, y es que los curas de indios les lean esta vida de Miguel, para que con la natural semejanza de uno de su nación índica se esfuercen a conseguir la perfección que aqueste indio consiguió. Estos son mis intentos, y no calificar en ninguna manera a Miguel Ayatumo por santo o bienaventurado hasta que la Santa Iglesia lo declare por tal. Todo lo que refiero en esta vida protesto que no tiene más autoridad que la de una fe humana por no haberla autorizado la Iglesia Católica Romana. Esto supuesto, pasemos a saber esta vida ajena y edificar nuestro espíritu con ella.

II. Del nacimiento corporal y espiritual de Miguel, y de su proceder hasta los doce años.

En las Islas Filipinas hay un pueblo llamado Boholio¹³ en que viven unos

¹² "Surgen los indoctos y arrebatan el reino de los cielos, mientras ¡ay! nosotros con nuestras letras nos precipitamos en lo profundo", San Agustín.

¹³ Mercado, al traducir del latín, desconoce que el nombre de la isla es Bohol, y que el autor del texto original se apellida Auñón -no Aunonio.

indios que se nombran Pintados.¹⁴ Allí salió a luz (como suele de la tierra tosca el oro fino) un niño indiesito de rostro tan hermoso, vivo y alegre, que era como pintado de la divina diestra. Sus padres eran indios, y cuando le procrearon, eran gentiles, y aunque por esta corporal genealogía no mereció el honor y aplauso que el mundo da solamente a los de prosapia ilustre, después tuvo otro nacimiento espiritual por el cual honra a la criaturas del cielo. Llegó a los siete años de edad en que comúnmente amanece el uso de la razón. Entonces despertó el niño a la gracia y, renaciendo por el santo bautismo, mejoró de padres, pues le adoptó por hijo toda la Santísima Trinidad. Por esta hidalguía mereció mucha honra y estimación, y a él y a los demás (aunque sean de bajo linaje) se la deben dar los que tienen lumbre de fe católica. Bautizole el padre Gabriel Sánchez,¹⁵ sacerdote de la compañía de Jesús, y como el muchacho había de ser un ángel en la vida, le puso el nombre del arcángel San Miguel.

Después de bautizado, vivió cinco años en compañía de sus padres (que también se cristianaron con el sagrado bautismo después de haber procreado este dichoso hijo), pero no vivió como los otros indios porque este niño no parece que nació para comer, pues aún en esta edad pueril, cuando es muy vivo el apetito al comer, solía vivir de ayunos. Y siendo así que los muchachos rehúsan mucho los azotes, acostumbraba macerar su cuerpecito con azotes. Cuando cada día volvía de la escuela a su casa, hacía de ella oratorio poniéndose a rezar y encomendarse a Dios, costumbre en que perseveró hasta la muerte, sin embargo de que los de su nación, dicen, que son muy inconstantes.

III. Cuán bien se le imprimió la fe y la observancia de los mandamientos.

Como carácter indeleble fue en Miguel la fe que profesó desde los siete años de su edad en el bautismo sagrado, luciendo mucho en esto entre los suyos, que son tales que, por un resquicio que se les abra, se suelen salir del rebaño de Cristo adonde se habían acogido. Cuán bien se le imprimió a este niño la fe, se verá por los casos siguientes.

Hubo entre estos indios un *baylano* (llaman así al sacerdote de sus falsos dioses) gran embustero.¹⁶ Este se llevó a casi todos los indios a las orillas del mar, donde habiendo hecho sacrificio a los ídolos, aseveró que en aquel día habían de venir todos sus ascendientes en un navío de oro y que los habían de ver venir. Creyó a

¹⁴ Los españoles a su llegada llamaron “pintados” a los indígenas de las islas Bisayas debido a los tatuajes con los que adornaban su cuerpo.

¹⁵ Nació en Buenaventura, provincia de Toledo, in 1570. Se unió a la Compañía de Jesús en 1589 y llegó a Filipinas en 1596, fecha en la que inauguró la primera misión jesuita en Bohol. Falleció en 1617.

¹⁶ También conocidos como *babaylan* o *katalonan*, eran frecuentemente llamados “sacerdotisas” –normalmente eran mujeres– en las crónicas religiosas. Ejercían de líderes espirituales y, según sus creencias, dirigían los rituales y eran los encargados de poner en contacto a la comunidad con sus dioses.

este vanísimo y embustero oráculo gran multitud de hombres, pero Miguel haciendo ventaja a los hombres, con ser entonces tan niño, no quiso creer al embustero sacerdote, y juntamente fue causa de que aquellos pobres indios, engañados del *baylano*, diesen crédito a las cosas de los cristianos en adelante.

Púsole una enfermedad al niño Miguel en la prisión de la cama en casa de sus padres, y les dijo algunas veces que no viniese a curarlo a casa ninguna mujer *baylana* (que es lo mismo que sacerdote de los ídolos) porque la salud se había de esperar de Dios y no de mujeres que no tienen su santa fe. Y les afirmó que si hacían lo contrario se había de ir, aunque fuese arrastrando, a acusarlos al padre, para que los castigase por tamaña culpa. Así, antepuso la salud del alma a la del cuerpo, y así observó este mandamiento de la divina ley.

Un día, no estando bien convaleciente del mal, estaba en lo superior de las escaleras de su casa, y viendo que subía una *baylana*, levantó la voz y le dijo: “Vete de aquí, amiga del demonio. No peque ni perezca por ti mi madre.”

El bautismo es la puerta por donde se entra a la Iglesia Católica, y desde que el bautismo se entra a la iglesia, obligan los preceptos eclesiásticos. Veamos un ejemplo de su observancia en Miguel, con que agradó mucho a San Miguel, patrón de la Católica Iglesia. Un día de viernes le ponían sus domésticos un plato de carne y le convidaban a que comiere, pero el niño respondió que era cristiano y que no había de comer el manjar que en aquel día le era prohibido. Hacíanle instancias y decíanle que allí no había persona que se lo dijese al padre. Respondió Miguel: “No me abstengo de carne por amor ni temor del padre, sino porque es precepto de la Iglesia y le agrada a Dios su observancia.”

IV. Entra en nuestro seminario de Boholio, dedicado al esposo de la Virgen, san José.

Tenían los padres de la Compañía en Boholio un seminario de niños, y llamábase propiamente seminario, los cuales producían frutos en abundancia. Esto podría probar con algunos ejemplos de los seminaristas que trae el autor de las *Anuas*, pero déjolos, porque me llama la vida de Miguel.

Era casi de doce años cuando lo recibieron en este seminario, y a los principios, ya movido del temor pueril, ya llevado del amor tierno de sus padres, lloraba con sentimiento la nueva vivienda. Pero dentro de breves días enjugó las lágrimas, y vivía más gustoso que todos, y le daba muchas veces las gracias al padre rector porque le había recibido: mostraba su gratitud y tenía mucha devoción con San José, patrón del seminario.

No es poco importante para la vida social la afabilidad, y así Miguel se mostraba cortés y afable con todos, de suerte que ninguno le aborrecía y le amaban todos. Los confites, frutas y otros regalillos que le daban, los distribuía entre sus iguales con alegre rostro y mano liberal, con que ganaba por la mano las voluntades de todos.

También es importante al que viere con otros el darles buen ejemplo, y era tal el que daba Miguel, que no dudaban en llamarle santo. Pero al ejemplo de la Virgen, su patrona y madre adoptiva se llamaba, y se nombraba a sí mismo siervo y esclavo, y se alistó por tal entre los congregantes de Nuestra Señora.

Siendo Miguel ejemplar de virtudes y modelo de perfección a sus consemnaristas, no dejaba de tomar el buen ejemplo de los otros. Hacía oficio de lector en el refectorio, y viendo que mientras se comía, se asentaban unos a comer en el suelo, otros besaban los pies, otros se postraban a la puerta para que pasasen por encima de ellos, él procuraba hacer lo mismo, imitando el buen ejemplo que le daban.

Procuró estudioso ser santo, imitando a los santos en los ejemplos que oía de ellos, de que es buena prueba el caso siguiente. Oyó decir que nuestro Padre San Ignacio se había pasado una semana entera sin comer un bocado ni beber una gota de agua y, por imitarle en algo, trató muchas veces con su padre espiritual que le permitiese estarse por lo menos un día entero sin comida, ni bebida, porque el pasarse sólo con pan y agua se lo había ya facilitado la frecuente costumbre de hacerlo. Alcanzó algunas veces la licencia de este ayuno deseado y faltaba de la mesa con santo gusto, con cuantos otros solían asentarse a la mesa.

V. Cómo Miguel hizo el oficio de San Rafael con los padres de la Compañía en sus caminos.

Cuatro años vivió Miguel como un ángel en el seminario, como en el cielo. Pero no le tuvieron los padres tan retirado que no lo sacasen para algunas misiones, con que también por este título le cuadró el nombre de Ángel, que es lo mismo que el *enviado*. De la Escritura Sagrada consta el oficio que hizo San Rafael con Tobías, el mozo, en su camino; veamos ahora una imitación y semejanza suya en este mancebo Miguel.

Tomábanle los padres de la Compañía por su compañero en las correrías y misiones que hacían, y llevaban en él un mancebo como un Rafael. Testifica el P. Pedro Aunonio que iba delante de él guiándole y llevaba en la cinta una cuchilla con que cortaba las ramas de los árboles que podían estorbar o retardar el viaje. Cuando había de pasar algún río, le servía al padre de bordón para que vadease seguro. Cuando el padre iba a subir algún repecho o saltar en algún mal paso, le ayudaba para que no cayese. Tal vez sucedió caerse el padre en un lodazal y Miguel abalanzarse a sacarlo del cieno, sin hacer caso de su propio peligro.

En las posadas donde hacían noche descuidaba de sí mismo y sólo cuidaba de las comodidades del padre en la comida y en la cama. Es costumbre de estos indios el matar de noche (cuando están durmiendo) a los que tienen por enemigos, y por que esto no le aconteciese al padre, velaba este mancebo a semejanza de San Rafael con Tobías, y si acaso el aposento no tenía puerta, la hacía de cañas con presteza. Decía que si él en tan buena obra perdiese la vida, lo tendría por poca perdida con tal que el padre de la compañía viviese. En estos caminos no dejaba la costumbre de tener a su tiempo la oración mental que acostumbraba en el seminario, pero dejó esto para adelante, donde se escribirá de esta materia.

VI. De la humildad con que Miguel se abatió.

Volvamos de fuera de casa a entrar otra vez en el seminario de San José y vamos escribiendo las virtudes que le repararon con buena nota a Miguel en el seminario.

Sin humildad no hay virtudes porque las virtudes tienen por raíz suya la humildad. Procuró granjearla Miguel con todo cuidado para adquirirlas todas con felicidad. Aborrecía de (tal) suerte su alabanza y estimación que no podía sufrir ni aún la sombra del honor. Encomendáronle que hiciese en un coloquio el papel de Cristo Señor Nuestro, y siendo así que le procuró imitar en los trabajos y afrentas (como veremos después), recibió con gran vergüenza este papel porque representaba majestad. Hízolo y representolo con mucho desprecio de sí mismo, y el trono en que se asentó para representar la grandeza de Cristo, lo procuró dejar lo más presto que pudo, porque a esto le impelía la humildad.

En el sentarse entre los otros escogía para sí el último lugar. Dándole una vez un cargo de alguna superioridad entre los seminaristas, se entristeció de suerte que le sobrevino una enfermedad y no se le quitó hasta que le quitaron el cargo. Deseoso elegir lo que fuese acto de mayor humildad, preguntó en una ocasión cuál sería más humildad, cuando acompañaba a los padres en los caminos, ¿ir delante o ir detrás de ellos? El padre Pedro Aunonio, visitando una noche los aposentos del seminario, encontró a Miguel acostado en el suelo, reprendiéndole la acción, y él respondió que la había aprendido de su maestra la humildad, que le enseñaba que lo que era tierra se acostase sobre la tierra.

Guardó con exacción el consejo de San Bernardo y de Nuestro Padre San Ignacio, y es que no se ha de tener secreta ninguna tentación, y por eso, luego que sentía alguna cosa de ellas, por fea y abominable que fuese, se iba luego al punto al padre espiritual y se la manifestaba, porque más quería descubrir con vergüenza al enemigo que perecer en lo oculto con sus acechanzas.

VII. De la presencia de Dios que procuraba tener Miguel y de su oración vocal y mental.

Quien desea ser perfecto ha de traer presente a Dios considerando en todo lugar que le está mirando, y como deseaba ser perfecto nuestro Miguel, le preguntaba muchas veces a su padre espiritual de qué modo podría esculpir en su alma la imagen de Dios que está presente en todo lugar. Era como un ángel en la tierra y quiso ser a su modo como los ángeles del cielo que están siempre viendo a Dios. Y parece que no se le frustró su deseo, y se colige de que vivía con tal alegría, modestia y madurez de costumbres, que parecía que consideraba que le estaba Dios mirando y que vivía con Dios como con un amigo y como un maestro de su espíritu.

Aprendió con facilidad desde muy niño a rezar y empleó con felicidad lo que aprendió, pues nueve veces al día le rezaba a la Santísima Virgen su corona y, demás de esta, rezaba otras oraciones. ¿Quién no ve aquí que el rezar tanto es singularísimo en Miguel, aunque el rezar es cosa común?

Muchos hay que han aprendido y saben rezar vocalmente: más raro es que un indio haya tenido entendimiento y aplicación para tener oración mental, y afirmar con verdad que Miguel tenía oración mental es lo mismo que decir que en las tierras de las Indias se halló un ave rara que voló con su entendimiento a la cumbre donde otros no han llegado. Verdad muy cierta es que Miguel aprendió con el favor del cielo la doctrina de la oración mental y que la practicó con mucho fruto para su alma.

Levantábase cada día a tener su oración mental a la misma hora de la mañana en que los padres de la Compañía la tenían y aún algunas veces anticipaba la hora levantándose antes de lo acostumbrado. Pero su padre espiritual, atento discretamente a la delicada complexión del muchacho, le dio licencia para que en las vigiliass de la Virgen y de otros santos alargase el tiempo de la meditación, pero no le permitió que anticipase la hora de la mañana, lo cual ejecutaba obediente dentro y fuera del seminario.

Fue Miguel (como queda dicho) compañero continuo de los padres de la Compañía en las misiones, en las cuales cuando el cansancio del camino y la edad pueril le incitaban a más largo sueño, le rogaba al padre que le despertase tirándole de las orejas para poder gozar de la hora acostumbrada de oración mental; y para más obligarle al padre para que lo despertase sin lástima de su cansancio, le ofrecía que, cuantas veces lo despertase, tantas rezaría por su intención uno o más número de rosarios.

Sustentaba Miguel su vida espiritual con lo que rumiaba en sus meditaciones y las reliquias de sus pensamientos no sólo le daban un día, sino meses de fiestas.

Prueba de esto es la respuesta que en una ocasión le dio a un padre que le preguntó qué era lo que meditaba aquel día, y le respondió que meditaba lo mismo que le había concedido el Señor en la oración dos meses antes.

La materia de su meditación era la vida de Cristo y de su Madre Virgen. Ni se contentaba sólo con meditar, sino que pasaba a imitar lo que en los dos meditaba. Su modo de imitar a Cristo lo trataré adelante. Ahora quiero dar bueno y sabroso fin a esta materia con escribir aquí el precioso fruto que cogió de meditar a la Virgen al pie del Árbol de la Cruz, donde tuvo gran paciencia y conformidad con la voluntad de Dios en caso tan adverso, como era la muerte de su hijo preciosísimo, y de aquí sacó Miguel la igualdad de ánimo con que sufría cualesquiera acontecimientos por adversos que fuesen. Solamente haré aquí mención de uno. Muriósele a Miguel un tío suyo a quien tiernamente amaba. Llorábanle los parientes al uso antiguo de los bisayenses,¹⁷ que hacen sentimiento de la muerte de los suyos no sólo con lágrimas, sino con grandes alaridos y sollozos, pasando en ellos sin dormir toda la noche. Sólo Miguel con un ánimo igual, enjutos los ojos, asistió al funeral de su querido tío hermano de su madre, y esto no porque no tenía dolor ni sentimiento, sino porque le parecía que no se había de sentir ni llorar tanto lo que creía que creía que había sucedido por disposición de la divina providencia.

VIII. Cómo castigó Miguel el sentido del gusto con ayuno, y el del tacto con disciplinas.

Guerra hacen los sentidos del gusto y del tacto al alma, y Miguel les hacía guerra. Ayunaba con gran exacción (como si la Iglesia le obligara) los cuarenta días de la Cuaresma, y como una vez le negase la licencia para el ayuno el padre rector del seminario, no se sosegó su fervor, ni se apartó su constancia del lado del padre hasta que le contendió la facultad de ayunar todos los cuarenta días. Lo mismo hizo algunas semanas antes de su muerte en honor del Príncipe de los Ángeles San Miguel, que como los ángeles no comen (como dijo San Rafael a Tobías) parece que este mancebo Miguel quería hacerse ángel no comiendo o, por lo menos, absteniéndose algunas veces de los manjares.

Ayunaba los viernes en reverencia de Cristo, cuyo gusto se amargó con la hiel y vinagre en viernes. En honor de la Santísima Virgen ayunaba los sábados, por ser días dedicados a su honor. Las festividades de esta Señora, que otros devotamente suelen prevenir con el ayuno de la víspera sola, las celebraba Miguel con el ayuno de la semana que antecedía a las fiestas, y con el ayuno de la semana que se seguía después de sus fiestas.

¹⁷ Bohol es una de las islas Bisayas.

Al tacto no lo maceraba menos con las disciplinas, porque todos los días (si no había estorbo de enfermedad o de mandato de su padre espiritual) luego que se levantaba de dormir se disciplinaba. Pedía varias veces licencia para hacer disciplinas públicas de sangre, y pedía licencia porque era tan rendido y obediente, que no se atrevía a hacer cosa sin licencia.

IX. De las guardas que puso a sus ojos y oídos.

Estos dos sentidos son las puertas por donde suelen entrar los enemigos del alma a robarles las virtudes y la gracia que se adquiere con ellas, y por eso Miguel ponía guardas a estas puertas, y se puede decir de él que era ángel de guarda de las cuatro puertas de sus sentidos, que son dos ojos y dos oídos. Traía los ojos vergonzosamente bajos y de tal suerte los gobernaba que no les daba licencia no sólo para ver mujeres, pero ni aún a los hombres, si no era caso necesario. Ni aún de sí mismo se fiaba y así traía siempre cubierto su cuerpo para no verlo, y aun cuando se levantaba de la cama y se vestía, solía cubrirse hasta los pies con la túnica talar que usaban los seminaristas.

No se contentó con no ver: también tuvo cuidado de no ser visto. Porque una vez le notaron que descubriéndose dormido quebrantó la ley de la modestia, lo llevó con dolor y tomó por remedio el ponerse un saco de lienzo con tal artificio que no pudiese descubrir el cuerpo aunque estuviese dormido: modestia que en Miguel tanto es más loable cuanto en los de su nación es mayor la costumbre de andar con las carnes descubiertas. Una noche que le hallaron dormido con los pies cubiertos pero inmodestamente extendidos, le avisaron de la inmodestia y se avergonzó como si tuviera culpa, y pidió perdón con grande modestia.

En la guarda de las dos puertas de sus oídos fue también muy exacto, pues por ellas no quiso recibir jamás palabras de lujuria ni cantares de torpeza. Si acaso inopinadamente llegaba a los oídos alguna voz que sonase a lascivia, luego al punto miraba Miguel por su honestidad, o mostrando mal semblante, o huyendo con presteza. Oyó a un primo suyo en una ocasión unas palabras menos decentes y luego se fue Miguel al padre y le incitó con ruegos que azotase a su primo para que con el ejemplo del castigo aprendiesen los otros a hablar modestamente, como debían.

X. Cuán enemigo fue de la ociosidad y pereza, y del espíritu con que hacía las obras de manos.

Al ocio llama mi Padre San Ignacio origen de todos los males: *Otium malorum omnium origo*. Y, al contrario, la buena ocupación será fuente y manantial de los bienes que el alma adquiere. Por ello el buen Miguel desterró de sí la ociosidad y pereza. Todos los tiempos los ocupaba con algún ejercicio, ya corporal, ya espiritual; ya leía, ya oraba, ya hacía otras cosas indiferentes o buenas.

Era admirablemente industrioso de manos, principalmente en las cosas que servían a unos de virtud. Sabía hacer disciplinas y poner en ellas rosetas para sacar sangre de las espaldas. Hacía relicarios para la veneración de los santos, y también imágenes de escultura.

Todas estas cosas exteriores las hacía con el espíritu, que parece que había oído el consejo que le dio la Virgen María Nuestra Señora a un monje cartujo, según escribe Pedro Cluniacense: *Operi manuum devotus insiste*.¹⁸ Haz con devoción las obras de manos. Así las hacía Miguel, porque estaba ocupado en lo exterior con las manos, y en lo interior no estaba ocioso con el espíritu. Este es un ejemplo que habían de imitar todos los que se ocupan en cosas exteriores y esta es una doctrina que todos los padres espirituales habían de enseñar a todos los indios y a otros para que no trabajasen como brutos, sino como racionales, hablando a ratos con Dios. Tan familiar había hecho Miguel para sí la buena costumbre de orar, que ni estando en ocupaciones exteriores, ni andando fuera de casa, ni estando en ella, dejaba esta santa ocupación de orar y hablar con Dios.

Para que se vea el fruto que cogería de este ejercicio Miguel y el que cogerán los que le imitaren, escribo (aunque parezca digresión a la vida que escribo) lo que cuenta el licenciado Laurencio Gondino en su *Directorio Espiritual*.¹⁹ Un religioso se encontró en un camino con un labrador que estaba ocupado en la poda de una viña y le preguntó en qué pensaba. Respondióle que en su trabajo. Entonces el religioso le enseñó cómo podía ganar y merecer mucho si en medio de su ocupación levantaba el corazón a Dios y hablaba con él, y le aconsejó que procurase hacerlo así para alcanzar grandes bienes para su espíritu. Con ello se fue el religioso y al cabo de un año, pasando por aquella tierra otra vez, le vio el labrador, le conoció y le dijo padre mío, páguele Dios la devoción que me dio, la cual, aunque a los principios se me hizo dificultosa, pero con la perseverancia y cuidado se me ha hecho tan fácil y suave que, en medio de mis ocupaciones, apenas me puedo olvidar de Dios y siente mi alma tanto bien y consuelo que no lo trocaría por todo el mundo.

XI. Cómo gastaba los días de vacaciones.

Necesario es vacar las ocupaciones para recrear los cuerpos y los ánimos y tener después más fuerzas para tornar al trabajo de las ocupaciones. Por ello le concede la naturaleza al cuerpo cada noche el sueño y por ello conceden vacaciones de estudios a los estudiantes. Veamos ahora cómo en las vacaciones se ocupa Miguel.

¹⁸ Abad benedictino francés (1092-1156). “Dedícate al trabajo de tus manos”, es la traducción de la cita latina.

¹⁹ *Directorio espiritual para vivir y morir en la gracia y amistad de Dios y servirle con perfección* (Madrid: Andrés de Parra, 1618). Esta referencia es una adición de Mercado que no aparece en el original latino.

Iba obediente con los otros seminaristas al lugar disputado de recreación, asistía con ellos a las veces a los juegos de niños que les permitían los padres, pero otras veces tomaba por recreo el hacer algo con la aguja o con la pluma o con el buril, y lo que hacía era siempre cosa que sirviese a la piedad y a la virtud. Y tomaba esto por recreo, quizás porque las obras de manos no fatigan la cabeza.

Su recreación y gusto en el asueto era no apartándole del lado de un hermano de la Compañía, preguntándole y consultándole cosas espirituales y de Dios, porque para quien le amaba tanto no podía haber recreación que hablar dulcemente de Dios.

Muchas veces en días de asueto, cuando los otros iban a recrearse fuera de casa, pedía que le dejaran para guardarla, no porque fuese melancólico de su natural, sino con fin y ánimo de mortificarse con la privación de aquel común gusto, y con intención de ocuparse sólo en otras cosas devotas en que se ejercitaba dentro de casa, no con menos deleite y gusto que sus iguales y compañeros tenían fuera, paseando por los prados y discurriendo por los campos.

XII. De la solicitud con que Miguel solía servir.

Quien nació para servir a hombres, es bien que se ocupe en servir bien, pues en eso sirve a Dios y granjea por premio el de lo eterno. Así lo hizo nuestro buen indio Miguel, dando ejemplo a todos los que nacieron para servir, como lo verán enseguida.

No hubo entre todos sus compañeros ningún seminarista que le hiciese ventajas en ser bien mandado y en obedecer. El superior del seminario y el inferior le hallaban igualmente aparejado y pronto para cualquier cosa que le mandasen porque atendía a hacer lo que le ordenaran y no reparaba en quién era el que le mandaba, que esta es propiedad de quien sirve y obedece a hombres por amor de Dios. Hacía con presteza y alegría los mandados, que mostrar ceño o tristeza cuando se sirve en desobligar con el servicio a la persona que manda. El mismo día en que murió, enviándole con otros muchachos a que comiese, para que después de comer se partiese al río a lavar unos paños, respondió que mejor era obedecer primero a Dios y satisfacer después a la necesidad del cuerpo.

Primor es del servir no guardar a que todo se lo manden, sino prevenir los mandatos con la ejecución. Así lo hacía muchas veces Miguel. Iba de su voluntad y sin que se lo mandasen a la cocina, sólo por aprender a sazonar la comida para los padres cuando los acompañaba en los caminos. En un mortero que él mismo había hecho molía el arroz de que hacía pan para los Padres cuando los acompañaba en los caminos. En un mortero, que él mismo había hecho, movido del amor que les tenía como buen hijo. Barría la cocina, fregaba las ollas, limpiaba los platos, lavaba los vasos

y él mismo iba por agua al río para alivio de la sed de sus compañeros, y la llevaba alegre y gustoso a casa, pasando por las de sus padres naturales, sin hacer caso de las reprehensiones que por esta causa le daban.

No era como los criados que suelen echar a los otros las cargas que ellos habían de llevar. Antes bien, suplía de buena gana los ministerios y oficios que habían de hacer los otros. En las navegaciones que hacía, era Miguel el todo: él solo cuidaba de todas las cosas, él sólo metía y sacaba las cargas de las embarcaciones, y él lo hacía todo.

Sirva de conclusión a este párrafo una sabia respuesta que dio Miguel a que no pudo replicar un hermano de la Compañía, el cual, viéndole una vez muy servicial y muy solícito en buscar las comodidades de los padres, le dijo que no se apurase tanto en buscarlas y solicitarlas, pues tenían reglas de rehusarlas con mortificación de sí mismos. A que respondió Miguel, y habló como un ángel: “Eso de no solicitar comodidades les toca a los padres que continuamente se mortifican, pero a mí me manda Dios otra cosa y es que, en cuanto pudiere, acuda al socorro de sus necesidades y diligentísimamente cuide de su regalo, y por eso a mí me toca solamente la caridad, no la parsimonia ni escasez.”

XIII. Cómo este mancebo fue un Miguel en la castidad.

No hay cosa más común que llamar virtud angélica a la castidad, y así podemos decir que el Arcángel San Miguel es casto sin dificultad porque no tiene cuerpo que le incline al vicio contrario. En este mancebo sí que fue mucho parecerse a su Arcángel San Miguel en esta virtud, porque tenía carne y sangre que vencer para adquirir y conservar la castidad en sangre, que hierve, y en carne, que incita.

Tres años antes de su muerte, delante de una imagen de Cristo crucificado, nació con voto la flor de su castidad, que conservó ilesa hasta el fin de su vida, aunque le pusieron lazos para cazarla no sólo el demonio y la carne, sino también sus padres. Llamolo en una ocasión una india que lo había adoptado por hijo y, mostrándole gran cantidad de oro, le dijo: “Ves aquí, hijo mío, tu hacienda, y no falta otra, sino que te cases con esposa digna de tu persona para vivir dichoso y alegre entre los nobles y así elige mujer y llévala a casa, que yo celebraré las bodas sin miserear gastos. A estas palabras, como si fueran silbos de alguna serpiente, se horrorizó el casto ánimo de Miguel, y le dijo: “Cesa, cesa, madre mía, de inducirme a esos pensamientos, porque para tu consejo ni mi edad es a propósito, ni mi voluntad se inclina.” Dada esta respuesta voló al punto donde estaba su padre espiritual y, habiéndole contado lo que pasaba, añadió: “Mira, padre, cuán astutamente me ha combatido esta tarde el demonio. Qué engaño que es aquel pescador de almas, que sabe cubrir el anzuelo mortal con gustoso cebo y lo arroja a los muchachos como a pececillos para hallarlos

en el infierno. Contra este pescador he experimentado en mí la divina clemencia y te pido que des por mí juntamente conmigo las gracias a Dios.”

No mucho después fue acometido con otro dardo. Fue donde estaba Miguel (ignorándolo los nuestros) un hermano suyo sobornado para este intento de sus padres, rogóle que le creyese en cosa tan grave que diese buena vejez a su padre y madre casándose, que no podía hacer cosa más grata a los suyos, ninguna más decorosa a su linaje, ninguna más útil al aumento de su hacienda. Respondió Miguel a su hermano que les dijese a sus padres que de ninguna manera quería casarse y que los persuadiese a que asistiesen a su resolución. Y añadió que los amonestase a que, como verdaderos cristianos, adorasen a Cristo, que pusiesen en él sus esperanzas, que si alguno les hiciese alguna molestia, la sufriesen con igualdad de ánimo por amor de Dios.

Cercano Miguel al último tiempo de su vida, visitó por mandato de los nuestros a sus padres para que los instruyese con saludables consejos. Recibióle con lágrimas y gemidos, y le rogaron que retrocediese de sus intentos, que casándose imitase a los otros de su nación, que dejase para los padres y para los españoles la costumbre inaudita de virginidad entre los suyos. Apenas oyó el casto mancebo estas palabras cuando, recelándose de él y de los suyos, se salió de la casa de sus padres, y desde entonces no quiso hablar más con ellos ni con sus parientes, teniéndolos por capitales enemigos de su castidad. Desde entonces tampoco quería recibir algunos donecillos de confites y otros regalos que le enviaban sus padres, y les enviaba a decir que no le molestasen con dádivas porque no las quería. Y, sin duda, no quería admitirlas por no dejarse engañar como muchacho en la materia que le trataban, de casamiento.

No sólo celaba en si mismo la castidad; también se extendía su cuidado a celarla en los otros. Estaban jugando en una ocasión unos muchachos y en el juego decían algunas palabras algo ajenas de la honestidad. Oyolas Miguel y fue aprisa adonde estaba el padre rector, y le rogó que los corrigiese y reprimiese con aspereza. La razón que para esto dio fue por que no sucediese que, comenzando por cosas pequeñas, se atreviesen después a delinquir en mayores cosas.

XIV. De la enemistad que tuvo con el hurto, y de su amistad con la virtud de la pobreza.

Después de haber prohibido Dios la lujuria en el decálogo, consecutivamente vela el hurto, y así no será fuera de orden, que después de haber tratado de la castidad de este mancebo, escribamos la enemistad que tuvo con el hurto y el amor con que quiso a la virtud santa de la pobreza.

Como Miguel solía desasirse y dar a otros lo que era suyo propio, no es mucho que no se atreviese jamás a tomar de otros lo que era ajeno. Tanto aborrecía el vicio de hurtar, que ni aún en una leve cosa delinquía. No tocaba ni aún una fruta de la huerta, ni podía sufrir que otros la hurtasen. Y si alguno se desmandaba en ello, lo advertía a los que le podían corregir el latrocinio.

Su amor lo puso en la pobreza voluntaria, que sabe dejar lo que tiene, lo que puede tener. Buena prueba de este amor es no haberse dejado llevar de la cantidad del oro que le daba la madre adoptiva para las bodas nupciales. Buena prueba de haberse desposado con la pobreza era que usaba de un vestido pobre, pero limpio, y con tener vestidos preciosos que le daban sus padres, apenas le podían persuadir que se los pusiese, siquiera cuando había de comulgar. Por cierto, que es una cosa admirable en un muchacho cuando, a los que lo son, les va naturalmente el alma tras adornar su cuerpo con cualquier digecillo²⁰ y con cualquiera galilla vistosa cuando se la dan, y si no se la dan, la piden con lágrimas de sus ojos. Pero no así Miguel, que tenía ilustrados los del entendimiento para despreciar lo visible, y así tomó el consejo que dio la Santísima Virgen al otro su devoto cartujo, según escribe Pedro Cluniacense: *Complectere abiectas vestes.*²¹

Pocos días antes de su muerte le enviaron sus padres una sábana de lienzo y Miguel, en lugar de recibirla, se la volvió a enviar, o por no pegar su corazón a los donecillos, o porque no quería tener consigo cosas superfluas. Tampoco gustaba de que con él se hiciesen gastos y por eso con sus propias manos hizo y cosió la mortaja con que después enterraron su cuerpo. Estos actos de pobreza bien pueden adornar y enriquecer aún a los que la profesan por voto con solemnidad de religión.

XV. Del celo que tuvo de la Fe Católica y de las buenas costumbres, y cómo predicó contra la idolatría

En una palabra, se puede decir que Miguel fue muy celoso de la fe católica, pero no será ocioso el gastar algunas palabras para describir algunos ejemplos de su celo, comenzando desde el que practicó con los niños menores, hasta el que ejerció con los iguales y con los de mayor edad.

Con los niños y niñas de tierna edad hacía el oficio de catequista, enseñándoles la doctrina cristiana con celo de que no bebiesen en la enseñanza gentilica de sus antepasados.

A sus iguales, para contenerlos en buenas costumbres, solía decirles que a los que vivían en los seminarios de la Compañía les había de tomar Dios, juez supremo,

²⁰ Pequeñas figuras que adoraban como ídolos.

²¹ “Completo con ropa deshechada”.

más estrecha cuenta, porque vivían entre personas con cuyos ejemplos podrían aprovechar más. Y también porque a los seminaristas les hacía Dios más mercedes que a los otros indios.

Ni se estrechaba su santo celo a los de poca edad; también se extendía y dilatava a los mayores. Siempre estaba atento a ayudar a los otros en el negocio más importante de la verdadera fe y salvación de las almas, pero singularmente tomó para sí el cuidado de sus compatriotas. Decíales a los padres operarios (como quien conocía de que pie cojeaban los indios) lo que les habían de decir en los confesionarios y en los púlpitos.

Y porque no sea todo hablar en general, descendamos a un caso particular. Iba un indio recién convertido a confesarse con el padre. Violo Manuel y, volviendo el rostro hacia el Padre, le dijo: “Ruégote que no oigas la confesión de este nuevo cristiano. Aprenda primero, qué cosa es confesarse bien y, después, lo confesarás y le desatarás de los lazos del pecado con que ahora como ignorante está preso.” Que este consejo fuese muy acertado lo mostró después la experiencia.

Si veía u oía alguna cosa que fuese ajena de la fe y de las costumbres cristianas, lo avisaba sin tardanza al Padre, no mirando a respecto ninguno humano. Y en esto no perdonó ni a sus mismos padres naturales. Violos una vez que en un entierro usaban de los ritos y ceremonias gentílicas y luego al punto se fue a uno de la Compañía y le rogó que los reprehendiese para extinguir y extirpar totalmente aquellos ritos contrarios a la fe católica.

Hasta aquí parece que pudo llegar y que no pudo pasar de aquí el celo de la fe y buenas costumbres en un mancebo bueno, pero más adelante le hizo subir su celo la habilidad, llevándolo al oficio de predicar contra la idolatría. Mandole en una ocasión a Miguel el padre Pedro Aunonio que predicase de los misterios cristianos a los indios como quien sabía bien sus costumbres y ritos. Bien pudiera excusarse Miguel, pero no sufría excusas su celo, y le obligó a predicar con gracia. En el sermón probó que Cristo Señor Nuestro hacía ventajas a todos los ídolos de todas las naciones y que los había vencido. Y sacó por última conclusión que tuviesen y venerasen a Cristo por Dios verdadero, porque lo era, y como tal vencía a todos y era vencido de ninguno.

Llevó muy pesadamente el haber oído que algunos se entretenían con unos cantares de idólatras y, habiéndole concedido los nuestros facultad para meditar y hacer algún sermón sobre esta materia, lo meditó y predicó algunas veces, reprehendiendo seriamente a los que ocupaban sus lenguas en los cantares viejos de los idólatras.

Por último ejemplo de su ardiente celo, pongo aquí el que ejercitó con sus

padres naturales, que fueron el principio de su ser natural. Amábalos Miguel en Dios y para Dios, y con deseo de encaminarlos a él como a último fin, los indujo y aconsejó que hiciesen una confesión general, y viendo que su padre anciano se mostraba a este consejo algo rebelde y duro, le pidió al padre rector del seminario licencia para tenerlo consigo un mes en el seminario para enseñarlo e instruirlo en el negocio de la santa salvación, y también para que el viejo se ablandase con el buen ejemplo de los muchachos seminaristas. Alcanzó lo que pidió al padre rector, pero ya que no vio mudado el ánimo de su padre en la tierra, parece que lo consiguió en el cielo, porque el viejo, habiendo muerto su hijo, hizo la confesión general de toda su vida con mucho fruto de su espíritu.

XVI. De la gracia que tuvo de escribir para el bien de sus prójimos.

Que los de Europa y sus descendientes sepan y se apliquen a escribir no es maravilla, pero parece portento de la gracia que un indiesito aprenda y sepa y se aplique a ser escritor, no sólo de lo que otros escribieron, sino también de lo que él mismo discurrió. Esto lo concedió Nuestro Señor a Miguel y pienso que las plumas con que escribía le servirían de alas para volar con méritos a la gloria. Y si no, veamos lo que escribía.

Cuando los otros seminaristas algunas veces se entretenían en el campo, se ocupaba Miguel (con licencia que pedía) en escribir algunas materias que promoviesen al culto de Dios, a la devoción de la reina del cielo y a la salvación de las almas, conviene saber examinar la conciencia o las vidas santas y ejemplos de santos. Pero todo esto es trasladar lo ajeno: veamos lo que compuso de su propio ingenio.

Solía instruir a los otros con eminencia en el arte de confesarle bien y, no contento de hacerlo con la voz, cogió la pluma y escribió el modo de confesarse para enseñar a los de su nación a ponerse en gracia de Dios. Este escrito ofreció Miguel a los padres para que lo leyesen y censurasen. Viéronlo y leyéronlo con grande gusto porque con buenas razones, exquisitos ejemplos y símiles a propósito persuadía la memoria de los pecados, el dolor de las ofensas de Dios, la detestación de las culpas y la acusación de los delitos y, finalmente, todo aquello que podía ser provechoso al cristiano en el sacramento santo de la penitencia. Con este ejercicio alcanzó dos cosas este virtuoso mancebo: la primera fue la tranquilidad de su propia conciencia. La segunda fue el ser el primero que en la isla boholana introdujo el uso de confesarse generalmente, lo cual él ejerció algunas veces, con que no sólo enseñó con sus escritos, sino que también hizo lo mismo que a los otros enseñó.

XVII. Cuán buen cristiano se mostró Miguel con el ejercicio de actos de religión.

Así como cuando Lucifer y sus secuaces negaron soberbios la adoración a Dios que se les reveló humanado por nosotros, pareció muy bien el Arcángel San

Miguel con los suyos, tributándole adoraciones. Así era para alabar a Dios el ver que le adoraba este niño Miguel cuando sus antepasados y ascendientes indios, que llaman pintados, reverenciaban a un ídolo llamado Raom y veneraban como a dioses las muelas de los cocodrilos, fijando en la parte ínfima de ellos una cabeza humana hecha de ébano o de otra materia.

Los indios pintados ponían (según parece) con estas figuras sus cabezas a los pies de sus ídolos, pero Miguel, aunque indio de los pintados, ponía a los ídolos a sus pies, con que se asemejaba al Arcángel San Miguel, a cuyos pies pintan el demonio. Digo que ponía a los ídolos a los pies porque no los adoraba y los menospreciaba, ejercitando solamente actos de religión católica, como se verá en lo que se sigue.

Adoraba y reverenciaba Miguel las imágenes de los santos, y con especialidad las de Cristo Dios y Hombre, y las de su Madre Santísima. Tan grato le era a este mancebo el acto de alabar a Dios, que muchas veces estando entre otro solía decir: “Alabado sea en todas partes Jesucristo, y su Madre Santísima María.”

La imagen de esta Señora con su hijo en los brazos la traía siempre consigo en una cajetita que hizo el mismo Miguel por que no hubiere lugar en que se privasen sus ojos de la vista de estas dos personas que amaba su corazón. Quien quiere bien, gusta ver la persona amada, y si no puede ver el original, se contenta con mirar su retrato, y esto era lo que le pasaba a este mancebo.

Preveníase con fervorosos ejercicios de piedad para celebrar religiosamente las festividades de los santos y con especialidad las de la Virgen María, de San José y de San Miguel. Y por no callar los ejercicios con que se prevenía, digo que eran oraciones, vigiliyas, ayunos y disciplinas. Y no contento con las cosas que él mismo hacía, solía pedir para este intento oraciones a otros, ofreciendo que les pagaría en la misma moneda cuando ellos quisiesen celebrar las fiestas de sus santos patronos.

Todos los días acostumbraba hacer visitas al santísimo sacramento del altar y, poniendo las rodillas en el suelo y el entendimiento en la fe de tan soberano misterio, le adoraba y reverenciaba por la mañana y por la tarde, sobrepujando en esto a los otros de su edad, que sin atender a este ejercicio de religión, se iban a sus casas entreteniéndose en juegos pueriles.

XVIII. Cómo Miguel procuraba hacerse un Cristo por imitación.

¿Quién como Dios? Es la significación del nombre del arcángel San Miguel, y este mancebo que tenía su nombre, procuró ser como nuestro Dios humanado. Avergonzabase por su humildad de hacer el papel de Cristo majestuoso y acomodabase su fervor a hacerse como un Cristo en los trabajos y afrentas.

Vínole alguna vez a la memoria que Cristo había sido cruelmente atado por los judíos a una columna y pidió que a él también, por espacio de una noche, le tuviesen atado de pies y manos. No pocas veces procuró que públicamente le azotasen y que sus compañeros le llenasen de bofetadas el rostro y de salivas la cara para sentir en algún modo los afrentas que le hicieron a Cristo en las mejillas y los dolores que toleró en su santísimo cuerpo.

En los postreros días de su vida pidió con ansias que lo llevasen medio desnudo por las plazas públicas del pueblo y que en ellas le azotasen. Dos días antes de su muerte, determinó hacer una dolorosa estación desde el seminario hasta el templo de la Compañía. Desnudose hasta la cintura, llamó a cuatro compañeros suyos, al uno le dio un papel en que había escrito el pregón que había de decir a voces como pregonero; al otro le entregó una trompeta; al tercero le entregó un azote para que con él hiciese oficio de verdugo. Estando ya a punto para ir a esta procesión, vino un padre de los nuestros y le mandó que reprimiese el paso y dejase la acción, ofreciéndole a Dios la voluntad que tenía de ejecutarla. Difícil fue para Miguel este mandato, pero volvió obediente el paso atrás, diciendo humilde que era indigno de recibir azotes por Cristo.

Muchas veces solicitó fervoroso que le extendiesen en una cruz y en ella le tuviesen atado toda la noche en memoria de la pasión y muerte de su redentor, y quizás por eso le concedió a Miguel que se le asemejase en tolerar en día de viernes lo acedo de su propia muerte, de que trataremos en el párrafo siguiente.

XIX. De la prevención que tuvo para la muerte, y de su funeral.

Ya es tiempo de que la relación de la vida de Miguel se acabe con la narración de su muerte. Toda su vida desde los siete años fue una buena preparación para su muerte, porque, cual es la vida, tal suele ser la muerte. Pero porque las acciones morales se especifican del fin con que se hacen, diré aquí una acción que hizo con intención de prevenirse para la muerte.

La víspera del día de su muerte se fue donde estaba el padre rector y le hizo instancias para que el día siguiente le diese licencia para salir con una túnica a tomar una disciplina de sangre por las calles alegando que le parecía justo hacer todo lo que pudiese para su salvación, principalmente al último tiempo de la vida. Negole esta licencia el padre una y otra vez, pero como Miguel replicase que era incierta la hora del morir y que el último día se había de prevenir con acciones heroicas, se le concedió por último su pretensión.

Confesó y comulgó el jueves, un día antes de morir, y fue el día de la octava de San Martín, obispo turonense, cuyo nombre tenía un amigo suyo, por quien

comulgaba Miguel, pagándole la piedad con que el buen amigo había comulgado por Miguel cuando él celebraba las fiestas de sus devotos.

Y si esto hizo un día antes de morir, mucho tiempo antes de su muerte tuvo costumbre de meditar a menudo en esta postrimería de los mortales, y juntamente solía confesarse cada tercer día. Estas diligencias muy buen viático eran para caminar al otro mundo y para partir de esta vida a la otra.

El mismo día de su muerte se fue por la mañana a la sacristía y se vistió la sobrepelliz para ayudar a misa. Resisitáanse otros compañeros suyos, diciéndole que a ellos les tocaba, y no a él, ayudar a misa aquel día, pero Miguel les rogó que se la dejasen ayudar por añadir algo de mérito con aquel ministerio a sus pocos méritos. Oyó y ayudó la misa muy devoto, y de la iglesia se partió al río, donde le enviaban para que asistiese a otros muchachos que iban a lavar la ropa.

Bajando Miguel por unos escalones al río, se le deslizaron los pies, cayó, lastimose el pecho en la proa de una barquilla que nadaba en las aguas, empezó a llamar repetidamente a Jesús, María y José, y a otros santos tutelares de la vida. Oyéronle sus compañeros que no lejos estaban secando al fuego la ropa. Acudieron con presteza y, a petición de Miguel, llamaron al padre que, aunque vino ligero, le halló sin habla, y casi suspirando ungió con el último sacramento, llevólo a su aposento y allí poco después, invocando otra vez los nombres de los santos, que tan familiares le habían sido en la vida, expiró el 19 de noviembre del año de 1609, siendo de edad de dieciséis años.

Había Miguel hecho con sus propias manos una imagen de Cristo muerto en la cruz y la tenía consigo con intención de encenderse con su vista y consideración a imitarle en su mano, y Cristo vivo le concedió a Miguel en su muerte tres cosas que no estuvieron en su mano, sino en la de Cristo. La primera fue que se le asemejase en el comulgar, porque Cristo no comulgó en el día de su muerte, sino un día antes, y Miguel no comulgó en el día en que murió, sino en el día antecedente, que fue jueves. La segunda fue que se pareciese en el modo de morir, porque Cristo no murió de enfermedad, sino con violencia, y Miguel padeció muerte violenta. La tercera fue que se le asimilase en el día de su muerte, porque Cristo murió en día de viernes, y Miguel murió en viernes. Así quiso nuestro Señor que se le pareciese en muerte el que imitándole había procurado asemejarle en la vida.

Adornaron el cadáver con una túnica que fue obra de sus manos, pusieronle en la cabeza una corona de flores y en la mano derecha una palma. Eran tantas las lágrimas de los que acompañaron el cuerpo hasta la sepultura que esforzaban al canto funeral de los músicos los sollozos que daban. Lloraban los congregantes de

Nuestra Señora a su buen compañero, los seminaristas a su colega amante, los padres de la Compañía a su Rafael fidelísimo, los pintados a sus compatriota utilísimo, los niños y niñas a su catequista celoso, y finalmente todos plañían por Miguel difunto porque había sido un vivo ejemplar de todas las virtudes. Con este llanto enterraron su cuerpo en el suelo y confiamos que su alma estará gozando su premio en el cielo con eterno regocijo.

XX. Conclusión de lo dicho y última protesta del autor.

Por lo que queda escrito verá el lector cómo la divina diestra fue delineando con el pincel de sus auxilios la vida y muerte de este mancebo indio que fue de la nación de los que llaman Pintados, y también echará de ver cómo Miguel se fue pintando con los colores finísimos de las virtudes referidas. En el párrafo cuarto dije cómo los otros le llamaban santo, se nombraba siervo y exclamó a imitación de la Virgen María, que se intituló esclava: *ecce tabula sum pictoria, pingat pictor quod volverit*. Yo soy como una tabla o como un lienzo aparejado: pinte el divino pinto lo que quisiere. Pues el mismo sentido tendrán las palabras con que a imitación de la Virgen se nombraba Miguel por esclavo. En María pintó Dios al verbo encarnado y mil primores de perfecciones, y ella supo pintarse tan diestramente que es la imagen más parecida que hay a Dios. En Miguel, alumno y congregante de María, pintó Dios muchas líneas de perfección, y él supo colorearse y pintarse con más virtudes de las que hemos visto (porque no se escribe tanto cuanto se hace) y así le compete mejor que a sus ascendientes el nombre de pintado.

Pues qué resta ahora, sino que nos dispongamos como una tabla o como un lienzo para que Dios pinte en nosotros como quisiere: *Ecce tabula sum pictoria; pingat quod volverit*. Si quisiere meter el negro de las adversidades, dé buen hora los golpes de negro si el blanco dé la prosperidad, dé las pinceladas si el rojo de los martirios y pesares, tire las líneas. No podemos negar que Dios nos da inspiraciones que son como unos colores finos. Vamos, pues, pintando en nosotros unas imágenes de santos parecidas a Dios. Comencemos ahora con el color rojo de la vergüenza, viendo que un indio nos hace ventaja; avergoncémonos con humildad de ver que no hemos sido lo que debíamos, y en adelante, vamos pintándonos de santos, como Dios quiere que nos pintemos.

Breves han sido los escritos de esta vida de Miguel porque no fueron largos los años de su vida y, aunque en ella no he escrito visiones, ni éxtasis, ni milagros, sino virtudes sólidas que a un hombre lo hacen santo, vuelvo a protestar obediente al Sumo Pontífice que no es mi intento calificarle por santo, porque eso toca al vicario de Cristo, ni quiero que se dé más méritos a estos escritos que los que se dan a hombres fidedignos. **PS**